

HISTORIA

VERDADERA

DE LA VIDA, Y VALEROSOS HECHOS
DE BERNARDO
DEL CARPIO,

SOBRINO DEL REY DON ALFONSO EL CASTO.

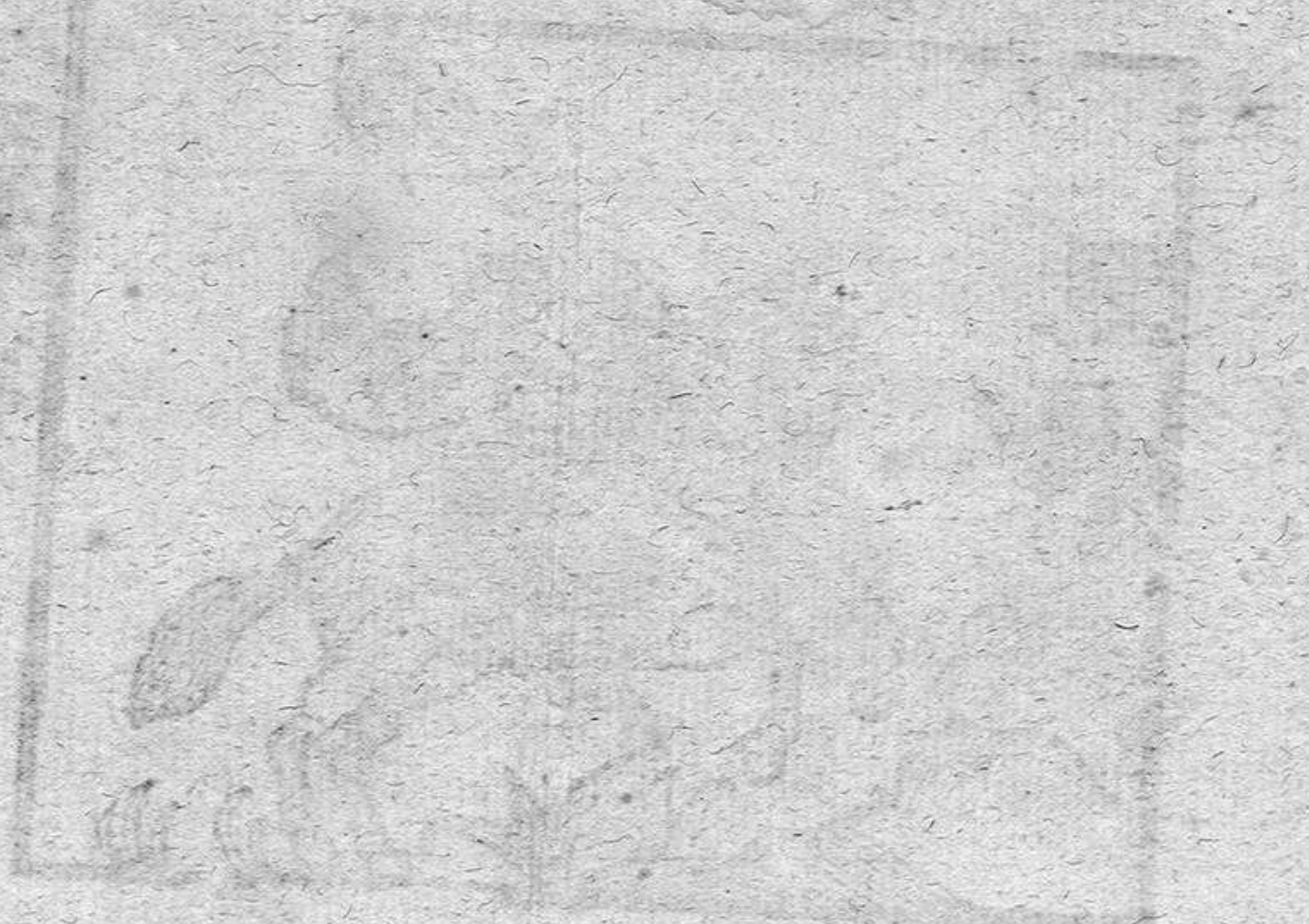


Ps.

4.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MINISTERIO DE CULTURA
SECRETARÍA DE PATRIMONIO CULTURAL
Y MONUMENTOS NACIONALES
DIRECCIÓN GENERAL DE MONUMENTOS
NACIONALES



CON LAS MEDIDAS DE CALIDAD

CAPITULO PRIMERO.

De los amores del Conde de Saldaña, y la Infanta Doña Ximena, hermana del Rey Don Alfonso el Casto de Castilla: y de los zelos, y embidias del Conde Don Rubio.

ES propension natural, deuda Christiana en el principio de qualquier obra, la invocacion Divina; por lo que en el Nombre del Señor, Criador de Cielo, y Tierra, y de quanto en uno, y otro se encierra, confesando, que es un Dios sin fin, ni principio, y primera causa de las causas, daremos origen al nacimiento, virtudes, y hazañas del valerosissimo, y noble Caballero Bernardo del Carpio, dichoso en haver vencido tantas Armas Agarenas, en haver tenido padres tan ilustres, en haver vivido tan virtuosamente, y desdichado en haver conocido por Rey un Señor tan inclinado à la castidad, y tan recto, y justiciero de las liviandades; y suponiendo, que su origen principalmente fue el de la Alta, y Divina Hechura que le proveyò con tan invencibles fuerzas, y tan sin segundo valor, sin hablar en el espiritual presupuesto, digo: que Bernardo del Carpio fue de tan clara Estirpe, y nobilissimo Linage, que descendia de los Godos, Conquistadores de España, y fue hijo legitimo (clandestino) del illustre Conde de Saldaña, y de la Señora Infanta Doña Ximena, hermana del Señor Rey Don Alfonso, llamado el Casto. Era el Conde de Saldaña el General de las Armas de Castilla, no Conde de los muchos, sino tan antiguo, que fueron Condes sus ascendientes antes que en Castilla huviese Reyes. Fue su nombre Don Sancho Diaz, y su condicion noble, y afable: su persona robusta, y esforzada: su espada temida de todos, así de Moros, como de Christianos, y por ser tan respetada, nadie le osaba enojar: fue la basa, y columna del Reyno; y añadiendo à las prendas personales la de ser muy galan, y cortesano, fue causa de que se ganara la primera atencion, no solo de los Nobles, y Plebeyos, sino tambien de las Damas, pues tenia meritos para igualar en estado à la mas alta Señora. No fue la mejor de sus fortunas el hacerse tan amable, pues esta fue la que hizo al Conde tan infeliz, que toda su vida lo traxo reducido à una muerte civil, y un continuo martyrio,

en una dura, estrecha, y rigurosa prision: y fue el caso, que inclinado el Conde à la mayor perfeccion, que en muger humana se hallò de aquel tiempo, y estimables virtudes de la Infanta Doña Ximena, hermana del Rey Don Alfonso, y està aficionada al valor, gala, y gentileza del Conde, à poca diligencia se le conocieron en el semblante risueño, alegre, y alhagueña vista la amorosa sympatia con que secretamente uno à otro interiormente se amaban; mas aunque el Conde era de tan clara ascendencia, no osaba atreverse à la hermana de un Rey, pròxima, à la sucesion, y herencia del Reyno: ni la Infanta, como Señora tan principal, se atrevia à manifestar el amoroso incendio en que ardia su corazon, antes con su honestidad disimulaba su inclinacion, pero como el amor en caudaloso arroyo, que por mas represado que estè, tanto mas es la fuerza conque rompe el impedimento que le ataja, y anega quanto encuentra, asi quanto mas el Conde reprimià su atrevimiento, y la Infanta disimulaba su pasion, tanto mas se leian los corazones en los ojos, y duplicaban su aficion con sus corteses, y cariñosos rendimientos: de suerte, que sin decirlo, se supieron los pensamientos uno à otro en tal grado, que desembozada la mascarilla del recato, secretamente se decian amores, y ternezas; pero no tan oculto para el que acechaba, y observaba los movimientos, rumiaba las palabras despididas al aire con los sentidos, y andaba hecho un argos, para notar hasta las pestañas de estos dos amantes. Este contrapeso, ò mal vecino, fue el Conde Don Rubio, Caballero ilustre del Reyno, mas no para correr parejas con la calidad, esfuerzo, y meritos de el de Saldaña; pero sì para levantar sus desvanecidos pensamientos à solicitar favores de la Infanta su Señora, con tanta osadia, que claramente la explicò su amor con exageraciones, y encarecimientos grandes, pero la Infanta; como entendida, le respondia muy fuera de su pensamiento, diciendole, conocia que le amaba con el amor de tal Vasallo, y que en eso correspondia à su nobleza, como lo havian hecho sus antepasados, que tenia noticia havian sido muy fièles, y leales à sus Reyes, Principes, è Infantes; pero à Don Rubio no le agradaba este modo de respuesta, porque daba à entender no conocia el exceso de su pena, y que si lo conocia lo despreciaba. En fin, desesperado del todo se arrogò à decirle, que su pensamien-

to era amarla como marido, y servirla como esclavo. Aqui fue necesaria toda la prudencia, y capacidad de la Infanta para desvelarle de tan atrevido pensamiento: hizolo aquella vez con señal de que estimaba su afecto, pero que no lo podia aceptar por ningun caso, antes si desengañandolo de que podia poner el pensamiento donde tuviese mas afortunados sucesos. Con este desengaño buscaba de corage, y de zelos el Conde Don Rubio, y se le arraigo en su c^orazon un venenoso aspid de embidia, y zelo tan rencoroso contra el de Saldaña, que no podia ocultarlo, por mas que disimulaba, pues aunque fuera en la presencia del Rey le hablaba con la mayor sequedad, y desden que era posible. Y por desengañarse de una vez, y apurar el veneno de sus zelos, rondaba de noche disfrazado, y seguia secretamente las pisadas del Conde de Saldaña, y à fuerza de grandes desvelos consiguió ver la comunicacion de su competidor en tiempo que estaba tan adelantado el de Saldaña en sus amores, que guardaba la Infanta en sus entrañas prendas suyas, pues uno, y otro lograron sus amores, haciendo lecho comun, despues de darse mano, y palabra de esposos, y afirmandola con juramento. Helado, y fulto de vitales elientos quedó D. Rubio, al ver entrar à deshora, y por sitio escusado al de Saldaña en el quarto de la Infanta, y tuvo paciencia, para esperar la salida, y ver lo que tardaba, pues no fue poca, que no faltaban muchos minutos para que riese el Alva. No se habrá leído de hombre enamorado, que haya visto sus zelos tan claros, y le haya faltado aliento para matarse con su contrario, solo este Conde Don Rubio quitó vidas, causò males, y penas, sin aventurarse al riesgo de una estocada.

CAPITULO II.

De como el Conde de Barcelona pidió por su Embaxador al Rey Don Alfonso le diera por muger à la Infanta su hermana: resiste esta, y resultan palabras de agravio entre el Conde de Saldaña, y Don Rubio: de donde este revelò al Rey los amores del de Saldaña, y de como el Rey examinò, y verificò el aviso; y del razonamiento que le hizo el de Saldaña, pidiendo a su hermana por esposa; y como el Rey se la otorgò, y lo hizo marchar por Embaxador à Barcelona.

EN este estado estaban los amores de el Conde de Saldaña, y la Infanta Doña Ximena, quando el Conde de Barcelona em-
B bio

biò su embaxada al Rey Don Alfonso de Castilla, Leon, y Asturias, suplicandole con grande confianza le hiciese merecedor de la mano de su hermana Doña Eimena, significandole la amorosa pasion, que tenia por su virtud, y belleza, y que deseaba ser su esposo. Propuso los capitulos muy favorables à Castilla; con lo que vino el Rei en concederle su peticion, por lo bien que estaba à Castilla añadirle à Cathaluña, y desde luego de su parte diò el si, pero habiendo tratado con la Infanta, esta dixo, que no le estaba bien casarse con el de Barcelona; fundò su razon, diò sus motivos: pero como todos eran contrarios à la voluntad del Rey su hermano, mostrò el poco gusto que le mostraba su resistencia, y hasta ver si la vencia à su dictamen, no quiso despedir al Emperador; pero este desesperado de lograr esperanzas del Rey, y reducir la voluntad de la Infanta, se despidiò de la Corte antes que lo despidieran, y se volvió à Barcelona.

Discurriendo el Rey medios de contrastar la repugnancia, que la Infanta hacia al casamiento con el Barcelonès, tratò con el Conde de Saldaña, que èl mismo persuadiera à la Infanta lo aceptara, por lo util que le era al Reyno, que ella ò sus hijos havian de heredar: por cierto buscaba el Rey buen intercesor; al fin, el de Saldaña disimulò quanto pudo la pena que le daba el empèño en que el Rey le ponía, de que huviese de rogar à su propria muger, que ya por tal la tenia, esperando ocasion de recibir las Bendiciones Nupciales, quisiere à otro, y que se desposase con quien aborrecia. Le respondiò al Rey: Que le parecia no ser conveniente por entonces querer darle à la Infanta marido contra su voluntad, y que un casamiento violentado llevaba consigo muchos riesgos que podrian resultar, con otras razones que diò, hijas de su claro, y agudo ingenio. A todo esto se hallaba presente el Conde Don Rubio, y pareciendole buena ocasion para rogar, contra el Conde de Saldaña, y la Infanta, el mortal veneno de los zelos vengandose de uno, y otro, respondiò con desabrimiento al Conde, diciendo: Que el consejo que daba no era acertado, sino malicioso, y que el Rey hacia bien en darle à la Infanta al de Barcelona, porque por aquel medio se aumentaba el Reyno, y podria hacer con mas desahogo la guerra al Moro, y conquistar à España. El de Saldaña enojado de este atrevimiento, le dixo à Don Rubio

biò no corespondia à su nobleza dar consejos à su Rey con ma-
licia; pues sabia èl, y sabia el Mundo, que no tenia el Rey vasa-
llo mas leal, como èl lo era, y lo havian sido sus antecesores; y
que el que pensàra otra cosa en contra, ò lo dixera, del Rey aba-
xo, mentia como Villano. Diciendo esto, empuñò la espada, mas
como el Rey se interpuso, reprehendiendole su resolucìon, no hi-
zo mas movimiento, que salirse de la sala, Entonces Don Rubio
prosiguiò quejando al Rey del mal tratamiento, que el Conde
de Saldaña le havia hecho diciendole, palabras semejantes. Yo Se-
ñor, por ser leal vasallo de vuestra Magestad, sufro estos arrojos del
Conde, no por que me falta fundamento para haverle replicado, y
su mayor sentimiento es el que yo haya conocido su dañada Inten-
cion por ser alevosa, y traidora à V. Magestad. El Rey, sin es-
perar à que mas le dixese, le replicò: Como? pues no es el Con-
de de Saldaña el espejo de la Nobleza, y lealtad de mi Reyno? No
es el que siempre me saca con su valor de los mayores ahogos? No
es terror de la Morisma? No es el que sobstiene en sus ombros
todo el peso de mi Corona? Pues como ha de ser traidor el Con-
de? Aqui lo atajò Don Rubio diciendo; Señor, si un vasallo,
confiado en el valimiento que tiene con V. Mag. prophanàra en sa-
grado de Palacio, y escalandolo, tratàra con una de las Damas
de el, no incurriria en la pena de traidor? Si, dixo el Rey; y
prosiguiò Don Rubio; y este trato fuera con la Infanta, no
ofenderia mucho mas à V. Magestad? Como, dixo el Rey, pues
el de Saldaña se atreve à tanto? Por vida de mi Corona, que
si averiguo tal maldad, que he de castigar su atrevimiento con
rigor nunca visto. Pues, Señor, dixo Don Rubio, yo pondré à
V. Mag. donde por sus ojos vea su agravio en la traicion de el
Conde, luego que espirando el dia, tienda su negro velo la te-
nebrofa noche. Dexemos amasada esta traidora maldad de Don
Rubio, y volvamos à que aquel mismo dia permitiò Dios le
dieran los dolores de parto à la Infanta, la qual en un breve
papel le diò cuenta à su esposo el Conde de Saldaña por medio de
un page fiel, expresandole en èl el apuro en que se veia, y ro-
gandole la viese aquella noche para poner en salvo lo que naciese.
Uno, y otro acongojaba al Conde, y quedò confuso, discurrien-
do si mataria à Don Rubio, de quien se receleba alguna traicion
pero tambien discurria le quedaba el contrapeso de la preten-
sion

Historia verdadera

del Conde de Borgoña : en fin , en mil dudas se acabò de pasar el dia ; y llegada la noche , fue à ver à la Infanta por el sitio acostumbrado. Dexemoslo consolandola en sus fatigas , y volvamos à Don Rubio , que llegada la noche , se viò con el Rey , quien prevenido de Guardia , que secretamente à la deshilada le acompañase , fue con Don Rubio a la parte donde este solia acechar al Conde. No hubo pasado mucho tiempo , quando mui ageno el Conde de la desdicha que le esperaba , haviendo arrojado entre sus brazos la Infanta un hermosísimo Infante , saliò con èl debaxo de la capa , y pasando por la zelada , se le arroja el Rey , y su Guardia , diciendo : Quien va ? Asustado , y resuelto , poniendo mano à la espada , responde el Conde : Quien lo pregunta ? Y al decir , el Rey , se le representa en su imaginacion toda su desdicha , y le anuncia el corazon todas sus penas. A este tiempo llora el recién nacido , que tambien como le alcanzaba tanta parte en el infortunio de sus padres , los ayudaba à sentir. Pregunta el Rey ; Què era lo que lloraba ? pidele el Conde al Rey le oiga à solas : el Rey se lo concede , y haciendo retirar la Guardia , sin mas compañía que Don Rubio , le hizo el Conde el razonamiento siguiente : Alfonso , Rey , y Señor , à quien por su integridad , y mi desdicha llaman Casto : ojala que no lo fueras , para que con conocimiento de lo que es amor , hallàra mi exceso disculpa en tu piedad ; pero tu alta comprehension havrà registrado en las Historias los muchos yerros , que se han cometido por amor. Este , Rey , y Señor , es el que quebranta las mas duras prisiones , y las mas finas lealtades : bien lo confirma el que cometiò el Santo Rey David , quien fue homicida de uno de los mejores , y mas valerosos Capitanes de su Exercito , y le quitò la vida con la muger ; y sin exemplo , muchos mas hai que disculpan ; y sobre todo la influencia de la estrella que me inclinò con tanta fuerza à la Infanta mi Señora Doña Ximena , y de este amor , baxo de la fe , y palabra de ser su esposo , logramos la ocasion con el sigilo que se requeria hasta que nuestra fortuna nos habilitara , para celebrar los lazos de Hymeneo. Al fin , Señor , la Infanta es mi esposa : si dudas de mi celeridad , informate de las Historias de Castilla , y hallaràs , que no hai Nobleza mas esclarecida que la mia , y que en ella hubo Condes de Saldaña primero que Reyes , y pues los que hoy hai defici-

cien -

cienden de ellos, y somos de un tronco, y una sangre; que castigo podràs dar à mi yerro, que no sea desdoro de tu piedad, y de tu Corona? Aqui traigo la prenda, que ha echado de sus entrañas la Infanta tu hermana. Este, Alfonso, es tu sobrino, y heredero del Reyno, no hagas publico tu deshonor, damela por muger, yo te prometo, si pretendes castigar mi culpa con mi muerte, no desnudarme las armas, ni quitarme de la frontera del Moro, hasta que à costa de muchos de ellos pierda la mia al rigor de sus Damasquinos Alfanges. Muevate à piedad, no miras, la honra de tu hermana, y de tu Corona. Aqui suspendió su razonamiento el Conde, porque le atajó el Rey diciendo: Baste, Conde, baste, que aunque: soi aborrecible al amor, no ignoro sus efectos, y estoi pronto à perdonarte y para ello, y para que se efectúe tu casamiento, es necesario vayas por Embaxador al Conde de Barcelona à disculparme en su pretension que pues eres el mas interesado en este negocio, lo sabrás hacer mui bien, que ya tenia hecha la merced de esta embaxada à Don Rubio; y pues hai esta novedad, quiero que la hagais, pues os toca de derecho. Dadle ese niño à Don Rubio, y mirad que lo cuideis, como que es encargo mio, en una Aldea, con el mayor secreto. Y vos, Don Sancho, venios conmigo, os darè las cartas, que haveis de llevar. Con esto entregò el Conde de Saldaña su recién nacido hijo à Don Rubio, y este se lo llevó, y el Rey se fue con el Conde de Saldaña à un oculto gavinete, donde le entregò una carta que decia: Al Conde de Barcelona; y al mismo tiempo otra, para que de camino la entregase al Alcayde del Castillo de Luna: Encargòle el Rey la brevedad, y que luego sin la menor dilacion, ni prevencion de marchar se pudiese en camino, y esto fue à fin de que no volviera à hablar à la Infanta, ni esta supiera el descubrimiento de su desgracia; mas el sencillo corazon del Conde no presumió tal intencion en el Rey: y así executò su mandato con la mayor puntualidad poniendose en camino luego al instante que recibió las cartas, saliendo en caballos del Rey desde el mismo Palacio. Dexemos caminar à su tragico paradero, para tratar de lo que al mismo tiempo sucedia en Palacio.

CAPITULO III.

De como llegado el Conde al Castillo de Luna á dar de camino una carta, fue preso, y sacados los ojos.

NO bien hubo amanecido el dia siguiente, quando Don Rubio mui cortefano, y alegre de la villana venganza, que havia tomado de la Infanta, por no haverle estimado, ni correspondido a su desvanecido amor, y del Conde, por ser su competidor, que parecia se le quitaba totalmente la pena de sus rabiosos zelos, yá estaba en la antecamara del Rey esperando se levantara, aunque el Rey no se dilatò, porque con el pesar que tenia, no podia reposar, ni tener sosiego, sin mas prevenir los sucesos futuros, decretò, como que estaba moñtado en colera: Que la Infanta estuviese presa en su quarto, sirviendole de guardas las mismas Dueñas, y que en estando buena, la pusiese Don Rubio en un Monasterio, donde acabase su vida: Que la desheredaba del Reyno, y que en el interin que estaba en el Palacio, se le impidiese toda comunicacion; así lo executò todo mui bien Don Rubio, que como era el tramador de estas desdichas; recibia estas ordenes su vengativa ravia, como que el Rey con ella se lijoneaba el gusto. En este medio llegó el Conde al Castillo de Luna: salió su Alcayde à recibirlo con la Guarnicion, y decoro debido à un General: hacelo entrar, ponele el Conde la Carta del Rey en la mano, y haviendola el Alcayde recibido con el acatamiento, y ceremonia, que es costumbre besandola, y puesto sobre su cabeza, se quiso despedir el Conde para seguir su jornada, diciendo iba con mucha aceleracion, mas haviendo el Alcayde comprehendido la orden, que llevaba la carta en sus breves renglones, le respondió al Conde: Que no iba tan de prisa como imaginaba, que primero se havia de executar el decreto, que le havia llevado él, el qual queria poner en su mano para que lo viese, y entregandosela, mandò echar el rastrillo à la puerta ò puente levadiza, al Conde que entregara la espada, y se diesse à prision. Atonito quedò el Conde con semejante novedad; tomó la carta y leyò su contenido, que era este: Alcayde del Castillo de Luna, luego que el Conde de Saldaña llegue à entregaros este, ò otro despacho mio, le hareis sacar los ojos, y poner en la mas

cbs-

obscura prision, que asi conviene à mi Real servicio, EL REY. Que pluma podrá explicar, el sentimiento, y las queixas con que el Conde recibiria tan riguroso decreto, siendo de tan nobilissimo Linage! que podia sin circunstancia de lo que precisaba el casamiento, haberse tratado, y echo, por las parejas que podia correr su Progenie que aunque esta fuera algo menos la podia suprir su valor experimentado ya en tantas batallas, que con tan desiguales, è inferiores fuerzas habia vencido. No hai duda, que enojado diria: Vive Dios, que el Rey me ha engañado, y que este trato no corresponde hacerse à un vasallo como yo, pero que puede hacer un hombre, que degenera de lo que es tan natural, fino hacer obras de fiera? en que Historia se escribirà se haya cometido semejante crueldad? Hai adorada infanta mia! por ti siento este martirio, ya no te volverè à ver mas: este Castillo serà viviente sepultura mia donde sin morir, vivirè una penosa, è infeliz muerte. A Dios dulce prenda mia, que mas siento esta mortal ausencia, que no la perdida del Reyno, que te venia de derecho: nunca yo te huviera visto para que por mi causa no perdieras tu Corona, y libertad, ni se divulgara vuestro yerro. Ea que aguardais? executese el mandato del Rey, que aunque sea injusto tiene fuerza de lei inviolable. Con esto lo metieron en una sala, donde le fueron sacados los ojos, y puesto una gruesa cadena, y encerrado en una pieza la mas fuerte, y retirada del Castillo. Dexemos à este infeliz Caballero embuelto en sus lagrimas de sangre, y anegado en dolorosos suspiros: volvamos à contar la crianza de su hijo que quedò encargado à Don Rubio.

CAPITULO IV.

De la crianza, y muestras de valor, que diò Bernardo del Carpio en su niñez, y del mal tratamiento que le hacia Don Rubio.

Recibido por el Conde Don Rubio aquel tierno Infanté, lo despachò à una Aldea fuya: donde se entregò à una Ama, que lo criase, y todos presumian fuese hijo de Don Rubio, como de su orden se criaba, y en la decencia, y regalo lo parecia. Bautizaronlo, le pusieron por nombre Bernardo: era tan fornido, y gracioso, que à todos los que le veian cautivaba las volun-

tades, y mucho mas quando saliò de mantillas, y entrando en los años de su puericia, diò muestras de su agudeza los sazoados dichos, y razonamientos que tenia, con tanto desgarrò, que parece, que desde la cuna, ò su nacimiento havia nacido con el valor, que havia de ilustrar su persona: pues no bien havia cumplido los siete años, quando juntaba los muchachos que podía, y haciendose Cabo, ò Comandante de ellos dividiendolos en vandos, formaba sus batallas, y les daba sus abances, invocando al Apostol Santiago. En estas, y en otras vivezas, y travesuras pasó sus pueriles años nuestro Bernardo; inclinado todo à los trofeos de Marte, hasta que pudo salir à cazar à los montes, donde ya sus membrudos, y fuertes brazos se empeñaban con un oso, y le quitaba las colmenas, y por consiguiente à las demás fieras, y animales mataba, sin reparar en seguirlos por vegas, y sembrados, por lo que los vecinos se enojaban mucho, y queriendolo reprehender, ò reñir, no sacaba mal varato en una arraja dura de cabeza, de cuyas quejas dadas à Don Rubio (à quien siempre conociò, y reverenciò por padre) tomaba este pretexto para honestar la mala voluntad que le tenia, y le maltrataba con obras, y palabras de desprecio, en tanto grado, que aunque Bernardo las recibia como de un padre no dexaba de causarle duda, si lo feria, ò no quien tan malas obras le hacia siendo asi, que nunca sus travesuras lo hicieron aborrecible, pues sin embargo de ellas, con su buena condicion, se daba à temer, y se hacia amable.

CAPITULO V.

De como Bernardo dexò la Aldea, y pasó à la Corte; de como el Rey lo conociò por sobrino, y le armò de Caballero, y le hizo otras honras.

YA iba entrando Bernardo en los años de la juventud, quando un dia, haviendo salido el Rey à cazar en los terminos de la Aldea de Don Rubio, entrò en ella à descansar un rato à tiempo que Don Rubio, llevado de la Adversion, que le tenia à Bernardo; porque este le pidió licencia para ceñirse espada, lo injuriò con razones mui pesadas, tratandole de villano, y que no pensase, que era su hijo, y esto con tanto enojo, y colera, que estaba

ba ya el Rey en su cata, y presencia, y todavía proseguia en su descompostura, é irritacion: por lo que el Rey se quiso informar de la ocasion de aquel enojo. A lo que satisfizo Bernardo con mucha modestia, no solo contando los motivos, sino quejandose de las palabras, y malos tratamientos, que havian sido: Villano, bastardo, y mal nacido, con otras cosas, pidiendole al Rey le mandara à Don Rubio le dixese quien era su padre. El Rey sintió la demasia de Don Rubio: y viendo el valor de Bernardo, se le aficionó tanto, que le dixo: No importa Bernardo, que no sepas quien es tu padre, ni que lo sea el Conde Don Rubio, que mi sobrino eres; y si à ti te maltratan à mi me ofenden, porque eres sangre mia, y así será razon, que dexes la Aldea, y vengas à Palacio conmigo, y tambien será razon, que vayas como Caballero. Ea, Conde Don Rubio, calzadle vos la espuela à Bernardo, que yo le ceñiré la Espada. Echando mil bufidos, obedeció Don Rubio, y le calzò la espuela su soberbia, al que poco antes lo habia tratado de Villano, vien à su pesar, que era muerte para él ver honrar à Bernardo. En fin, acabadas las ceremonias de tal acto, se fue el Rey à su Corte, y Bernardo con él, habiendo dado primero muchas gracias, por lo mucho que le havia honrado, y prometiendole guardar la espada que le havia ceñido, para emplearla bien en yelmos, y turbantes Moriscos. Llegados à Palacio, le diò el Rey Plaza de Gentil-Hombre, que bien correspondia esta à la gentileza, y gallardía de su persona, y la jurò, como es estilo, haciendo pleito omenage de servirla lealmente. Aplicóse Bernardo tanto al uso de las armas, que à pocos dias no havia alguno que las jugara con mas destreza. Bien conoció el Rey, que Bernardo tenia sobrado valor, y que havia de emprender la libertad de sus Padres: y para estorvar este inconveniente, declaró por su traidor à quien le descubriese quienes eran sus padres; y por configuiente llamó por heredero de sus Reynos al Emperador Carlo-Magno, sin consultarlo con sus Grandes, y Parientes, pareciendole, que el Emperador, juntando las fuerzas de Francia con las de Castilla, Leon, y Asturias, conquistaria à toda España, y echaria à los Moros de ella. Comunicóle este pensamiento à el Emperador sigilosamente, y este recibió à dos manos el partido, y aceptò la succession. Dexemos este negocio en este estado, y doblaremos la oja, hasta que llegue el tiempo de seguirlo.

CAPITULO VI.

De la embaxada del Rey Almanzor : de la respuesta que le diò Bernardo : y de como baviendo echado despues la mesa à rodar , se saliò del Palacio.

EN este tiempo Almanzor , Rey de Toledo , enviò por su Embaxador à un valeroso Moro , Alcayde del Carpio , llamado Benjumeya , demandandole al Rey Don Alfonso à la Infanta su hermana en casamiento prometiendole con una tranquilla paz entregarle los Reynos de Lorca , Murcia , y Xerèz , con toda la Andalucía , y que esto se alegraria se le concediese , asi por lo que ganaba en tener tan alta señora por muger , como se havia visto en otros exemplares de lei desigual , como por estoivar diese España al Frances , con quien sabia tenia capitulado entregarsela , y que de no aceptar la paz , que le prometia baxo los capitulos que havia expresado , le notificaba continua guerra , hasta echarlo de sus Reynos , y de apoderarse de ellos. No quiso el Rey responder à la Embaxada , solo dixo à Benjumeya : Ya estoy enterado de tu embaxada , y por atender à mi decoro , no respondo : y diciendo esto , y à Bernardo , que respondiera al Moro , volvió la espalda el Rey. No havia de menester Bernardo mucho encargo para darle respuesta , porque ya estaba reprimiendo la colera por no enojar al Rey , y atento al orden que le dio , disparò el trueno de su ira aquel corazon bizarro , y llegandose à la silla del Moro , cogida por un brazo , la volteó con Moro , y todo , de suerte que uno , y otro anduvieron rodando por el suelo ; mas queriendo el Moro poner mano al alfange , Bernardo le detuvo : diciendo ; Guarda el corbo alfange para quando estes sin gozar los privilegios de Embaxador , que atento al seguro que se te debe , sales de aqui con vida , y esta no te durará mucho , que yo irè al Carpio à quitartela : y en quanto à la embaxada , diràs à Almanzor , que el que le dixo , que mi Rey pretende entregar el Reyno à el de Francia , le engañò como traidor , que esto es en quanto à lo primero : y que en quanto à la Infanta sea su muger , que no piense que su Rey ha de incurrir en semejante afrenta : y que si piensa hacer guerra , que dilate la marcha ; pero que si contra Francia marchase à tiempo que España , prometia ser amigo , y par-

páttir con él aquel Reyno; pero que acabada la conquista, acide ahora para entonces se volvia à declarar por su mortal enemigo. Atonito el Moro de tan gallarda resolucion, le dixo à Bernardo, que aquella bizarría domellaria él, si en la guerra lo encontraba, que en el Carpio no, porque bien sabia, que no se atreveria à pisar ni aun sus vegas. A lo que Bernardo le replicó de suerte, que quedò aceptado desafio: con lo qual el Moro se despidió, y volvió à llevar la respuesta de su embaxada. No se huvieron pasado muchos dias, que arrepentido el Rey de haber ofrecido à España à el Emperador, mandò llamar à un sobrino suyo de Asturias, llamado Don Bermudo, para hacerle jurar por Principe, y heredero del Reyno: y habiendo llegado à Palacio à tiempo que Bernardo enfadado de romper lanzas, y armado entraba en el Real Salon donde estaba el Rey, y Don Bermudo, con otros Principes del Reyno, que se sentaban à comer, viendo que Don Bernardo se sentò à la mesa, dixo: Pues sobrino por sobrino, yo tambien lo soi, y no el peor: tomò una silla, y se sentò à la mesa. El Rey le dixo, que aquel era el Principe heredero del Reyno, y que como tal le sirviese, y besase la mano. A lo qual respondió Bernardo con grande resoltura, y bizarría: Que el no tenia aquella eleccion por justa, y que viviendo la Infanta Doña Ximena, no lo havia de hacer, que aquella si la conocia por su Señora, y sucesora del Reino; y que acàsò el ser muger la desheredaba que primero era él que otro. El Rey muy enojado, le dixo: Que se levantase, y que no se desvaneciera por llamarse sobrino, que havia mucha diferencia de uno à otro. Bernardo le replicò: Que una vez que havia tomado la silla, no la dexaba, pesàra à quien pesàra. Encolorizado el Rey, de la replica, le dixo: Que es esto, vil, bastardo? como asi te atreves à mi respeto? No se le quedò en olvido à Bernardo la respuesta, porque sin moverse le dixo, Señor, la nobleza que tengo de vos es, pues hasta aqui me habeis honrado, y armado Caballero, llamandome sobrino; con que si ahora me afrentais; ya os toca la mitad de la injuria à vos, y à mi la otra mitad. No tuvo mas sufrimiento el Rey, y asi dixo: O villano mal nacido! a mi quieres igualarte? Ola, prendedle. Oyendo esto Bernardo, se puso en pie, echando à rodar la mesa, y dixo: Quien ha de ser el atrevido? Ea, ninguno se mueva, que soy Bernardo dixo Benga una lanza; y tomando lá

que hallò mas à mano, se baxò de el Palacio, y enfillando dos caballos para èl, y su criado, que se infiere sería hombre de valor, y dexando otros que hallò en las caballerizas, desjarretados, se saliò de Palacio, sin prevenir por entonces à donde iria. Dexe mosle caminar, mientras se apacigua la colera, y luego veremos en lo que para.

CAPITULO VII

De como Bernardo con su astucia, y valor ganò el Carpio, y diez y nueve Castillos de su comando: y de como el Rey se desenojó, y perdonò por esta bazaña.

CON solo su criado saliò Bernardo (como diximos) al campo, y acordandose en èl de las arrogancias del Embaxador de el Moro, quiso vengar en èl su colera; y entrandose en una Altea buscò un vestido Morisco, que hizo vestir à Ordoño, que así se llamaba el criado, à el qual por ser muy galan, y haver estado cautivo, le daba buena traza, y le sentaba tan bien, que parecia haver estado siempre con aquel trage: y en esta forma llegò con èl al Carpio; y quedandose fuera Bernardo, amarrando su caballo à un fresno, mandò à Ordoño con recato al Alcalde del Carpio, que fue el Embaxador, à decir, como un Caballero Moro de Cordoba, qui iba de paso, tenia que hablarle sobre cierto negocio, y que le esperaba en aquella Vega, con otras razones confusas, que obligaron al Alcaide, por curiosidad, à salir à ver quien le buscaba, como así sucediò, pues previniendose de fuertes armas, y caballo, vino con Ordoño àzia donde quedaba esperandole Bernardo, el qual viendole venir, montò en su caballo, y empuñando su lanza, saliò al encuentro al Moro, y mandando à su criado se retirase buen trecho, dixo al Moro: Ahora verà Benjumeya, si Bernardo sabe mantener por su persona los arrojos, que hace en el Real Palacio, y experimentaràs el lobrado valor con que se aventaja à tu arrogancia, y como cumple la palabra de buscarte en tus tierras, sin mas prevencion, ni gente, que la que vè. Atonito quedò el Moro de la bizarría de Bernardo, y respondiò: Nunca yo dudè de tu esfuerzo, y valentía: pero tampoco creí fuera tan desesperada, que te hiciera arriesgar à tanto, pues al eco de mi bocina se juntaràn mil

Mc-

De Bernardo del Carpio.

17

Moros en un instante que te quiten la vida ; mas no quiero uar de traicion , antes me alegrara , que quisieras afirmar paces con Almanzor , que se , que te hiciera muchas mas honras , que tu Rey. A este razonamiento le respondiò Bernardo : Para mi no hai mejor paz , que matar muchos Moros , y mucha mas honra me es sufrir desdenes de mi Rey , que ceñirme la Corona por mano del tuyo , que esta siempre que la quiera se la quitarè , y me coronarà mi frente ; mas no quiero , que en España haya otro Rey , que mi Señor Don Alfonso : y para que veas , que voi á añadir tymbres à su fama , sabràs , que no solo vengo à matarte , sino à empezar la Conquista por mi persona sola , y hacerme Señor del Carpio , y así apercibetè ; y diciendo esto , moviò su caballo : lo mismo hizo el Moro con mucha bizzarria , diciendo : Presto sentiràs tener tan loca vanidad ; y arremetiendo el uno para el otro , se dieron los primeros votes de lanza con tanto esfuerzo , que hechas menudas hastillas , volaron por los aires , y chocando con el furioso encuentro los caballos pecho con pecho , el de Bernardo , como mas fuerte , quedò hecho un monte , è hizo al del Moro se sentara de ancas , y Benjumeya medio aturdido del encuentro , de fuerte , que saltando Bernardo de su caballo con presteza , antes que el Moro volviera en si , ya lo havia sacado de la silla , echado al suelo , y cortandole la cabeza , y sin mas detenerse llamò à Ordoño , y haciendole colgar la cabeza del arzon de su caballo , lo hizo entrar con ella en el Carpio con grande estrepito , diciendo : Santiago , viva el Rey Don Alonso. A este ruido salieron los Moros , y antes que previnieran el riesgo , ya havia muerto mas de ciento à lanzadas , conforme los encontraba en las calles , hasta que llegando à las mazmorras de los Cautivos Christianos , las quebrantò , y puso en libertad , y haciendo de ellos un pobre Exercito con solas las cadenas por armas , fueron matando à quantos pretendian hacer resistencia : otros que conocieron el riesgo , luego se pusieron en fuga , de fuerte que en menos de una hora se hizo dueño de el Carpio , y sin mas detenerse , pertrechò su Esquadron de Cautivos , y arrastrando las Morismas Vanderas , se saliò , dexando alguna Guarnicion en el Carpio , y fue talando los campos , y apoderandole de los Castillos de sus cercanias sujetos al Alcaide de el Carpio. Hecha esta azaña volvió para Leon , y pasando por Luna , se encontró con el Rey que

que venia à aquella Villa con acompañamiento de Grandes, y familia Real, el qual oyendo tambores, que tocaban marcha, presumió que Bernardo havia hecho alguna capitulacion con el Moro, que venia a inquietarlo con guerras; pero no por eso su Real animo se inmutó cosa alguna, antes si lo esperó con igual semblante: y llegado que fue Bernardo con su Esquadron, se echó à sus pies, y le besó la mano, ofreciendole por despojos aquella Victoria, y Vanderas, que havia ganado, dandole cuenta por extenso de lo que havia hecho. Maravillado el Rey de ver tan heroica hazaña, le dió el Carpio por apellido, mandandole traxese un Sol por Armas, y los diez y nueve Castillos que havia ganado, por orla, y lo abrazó con mucho amor, y le perdonó la demasia que havia tenido, y le honró mucho, è hizo prevenir para ir à Francia por Embaxador suyo, de lo qual quedó Bernardo muy contento, y ufano, y todos desenojados.

CAPITULO VIII.

De como Bernardo entrò en el Castillo de Luna, donde hallò à su padre, y de la platica que tuvieron.

HAviendo llegado Bernardo del Carpio à Luna, recibió un papel muy secretamente de la Infanta Doña Ximena, su madre, en que le decia, que deshiciese el encanto del Castillo de Luna, si queria hallar lo que tanto deseaba, y de que no tenia noticia por la ley que el Rey havia promulgado, dando por traidor à quien lo revelate. Con este papel sin firma, y tan confuso, quedó algun tiempo suspento este valeroso Caballero, mas su valeroso esfuerzo desechó confusiones, diciendo: Vamos à saber el secreto de este encanto, que èl nos sacará de dudas. Diciendo esto, salió con su criado, y fue para el Castillo, el que hallando abierto, se entrò por sus puertas sin ser visto de la Guarnicion, que acaso estaba toda à la otra parte de la muralla viendo cazar al Rey en su recinto: y andando Bernardo de sala en sala, oyò un rumor de prisiones, envuelto en dolorosos hayes, y caminando àzia donde mas se oian, encontró con un caduco esqueleto, una sombra helada, un espectáculo viviente, que quejandose decia: Hai de mi! y como pago con llanto de mis ojos haver encumbrado la vista à querer agotar los rayos del Sol, y como otra Aguila remontar mis vuelos hasta la Region del fuego, donde mis

mis pensamientos se abrasaron ! Qué desdicha es la mía ! Ha! hijo de mis entrañas , y qué quexoso me tiene tu ingratitud ! De qué sirvè tanto valor como dicen tienes , si no lo empleas en librar à tu afligido , y triste Padre ! Bernardo , discurriendo ser ya aquel el encanto , le dixo , poniendo mano à su espada : Tente allà , sombra , fantasma , ò encanto. El infeliz Don Sancho le dixo entonces , Quien sois , señor , que así me habláis sin mirar mis causas , que es el espejo de la mayor atención de los nobles. A lo que Bernardo respondió : Soi un hombre ambicioso de las empresas mas honrosas , hijo de mi proprio aliento , pues no he conocido otro padre : y porque me han dicho , que este Castillo tiene un espantable encanto , que he entrado por él solo à deshacerlo con el valor de mi espada , por parecerme ser hazaña digna de emprenderse por qualquier esfuerzo. Bien parece por vuestras palabras , que sois de animoso corazon (replicò Don Sancho :) sossegaos , y no os altereis , que algunos amigos , para probaros , os quisieron burlar , que aqui no hai encanto alguno : ni yo soi fantasma , que soi tu amigo , el Conde de Saldaña. Es posible que ignores , que aqui me hallo preso veinte años ha ! Pues mi historia es mui sabida en España , que hasta los niños ordinariamente la cantan. Satisfizo Bernardo , diciendo : Pues yo , señor , no la he oido , y mandandole el Conde sentar , diciendo : Sentaos , señor , porque quiero , para que mi desgracia os admita , referiros mis infortunios. Tomaron los asientos , y el Conde prosiguiò diciendo : Veinte años ha , vuelvo à decir , generoso mancebo , que era yo el Adonis de la Corte , el mas dichoso en los tornèos , el mas favorecido de las Damas , el espejo de la Nobleza , el General de este Reino ; y amor , que iguala las calidades , me hizo dueño del mas elevado , pues no menos , que la hermana del Rey fuè el iman de mi alvedrio. Tuve en esta pretension un competidor soberbio , que ofendido de un mentiroso , y envidioso de verme favorecido , descubrió al Rey el secreto , acechandome los dos una noche , que la Infanta , de resulta de nuestro amor , dió à luz un hermoso Infante , el que facandole yo para ponerlo en salvo , me saliò al paso el Rey , y fue preciso revelarle el caso , y pedirle por muger , con resolucion de no darme à prision , si primero no me quitaba la vida : ofreciome la por razon de estado , ò miedo ; y de fallo , mandome por Embaxador à

Bar-

Barcelona, me entrega una Carta, con orden de que de paso lo entregue al Alcaide de este Castillo. Ojala, que huviera creído los anuncios de mi corazón, pues dandola, despreciando mis recelos, yo mismo me entregué à la muerte, pues como otro Urias, traxe en la Carta de decreto de ella, que vista por el Alcaide, echando à la puerta el rastrillo, me desarmò, y mandò sacar los ojos, y cargar de hierros, y poner esta prision, donde entrè con barbas apenas, y en penas me han crecido, y transformado en candidos copos de nieve, ó madexas de plata, y teniendo un hijo, que puede remediar mi daño, no le merezco, no solo el que me libre, pero ni que al menos me vea, que con su vista tuviera consuelo: mas no me admiro, que como le ha criado mi enemigo Don Rubio, está de la parcialidad del Rey, y no querrà disgustarle, que le ha hecho muchas honras, llamandole sobrino, y armandole Caballero: y èl en reconocimiento de estos favores, me dicen se esmera mucho en servirle, y ahora ha ganado el Carpio. No aguardò Bernardo mas señas para reconocer à su padre, y echandose à sus pies le dixo: así: Padre, y señor, dame tus pies, que yo soi tu hijo Bernardo: El Rey ha tenido esto oculto de mí, pues mi mayor sentimiento, y continuo disgusto ha sido no saber quien me havia dado el ser: pues como era posible, que si à mi noticia llegàra, huviera yo dexado de consumir estos hierros, y convertir en cenizas quantas murallas, y esquadrones me pusieran por impedimento de tu libertad? Dexa que con estos brazos deshaga estas prisiones, y en ellos te saque de esta miseria. El noble viejo alborozado, y lleno de gozo, lo abrazò, y dió muchos besos, diciendno infinitas palabras de amoroso padre, y no cesaba de palparlo, y admirando lo fornido, y robusto del mancebo; y despues le dixo: Hijo mio, no conviène, que por fuerza me saques de aqui; pues sin beneplacito de el Rey no es justo; pues le debemos toda obediencia, y así pidéselo tu por merced, y ruegale, que tu lo consiguiràs. No quiso Bernardo detenerse mas en procurar la libertad de su padre, y así se despidió de él para ir à tratar de ella, quedando uno, y otro tan gozosos, como se puede colegir de tan casual, y afortunado, aunque tardo encuentro.

CAPITULO IX.

De como Bernardo fue ante el Rey con grande armada, y enlutado à pedir à su padre, y como el Rey se lo concedió, y al tiempo de ir à darle libertad lo hallò muerto, y yendo en busca de su madre la Infanta hizo se casara, y se legitimara.

A Penas Bernardo salió del Castillo de Luna quando juntando su gente, armados todos, y enlutados, los hizo marchar al son de roncax caxas, y fordinas, y enderezò à la Aldea donde el Rey estaba en recreo, y puesto ante èl, le hizo este razonamiento: Noticioso de que en el Castillo de Luna havia un encantamiento, entré en èl, donde hallè à mi padre encantado de el rigor de tu decreto los años que ha que nací, que son veinte, ignorandolo yo, y mi padre quexandoseme de mi mal empleado valor, y agraviado de tu justicia, le mandaste sacar los ojos, aunque no era necesario, pues quando así no huviera sido, huviera cegado al continuo llorar su agravio. Cubierto de luto vengo, no solo por mi padre, sino por mi honor, que tu mismo me le has muerto, aunque no te toca poca parte de mi afrenta, porque siendo hijo de tu hermana, eres causa de que me llamen bastardo. Dime Rei Alfonso quanto mas bien visto fuera à Dios, y al mundo, que mis padres se huvieran casado, y no que se huviera publicado la flaqueza de sus amores? Tan dañoso le fuera à el Reyno dos espadas tan fuertes como la del Conde de Saldaña, y la de su hijo, quando huviera Rey, que por tener la del Conde diera la mitad de su estado? No fueras mas tímido del Moro? No huvieras escusado mover guerras, que precisamente tendras con Francia por haverlo llamado à la sucesion de estos Reynos, sin poderse cumplir la palabra, aunque quieras, pues es preciso, que tus amigos, y parientes lo estorvemos? Dame à mi padre, Casto Alfonso, si no guarda tu cabeza, y estados, y fortificalos con murallas de diamantes, y guardese el traidor que es causa de mi desgracia, y guardese todo el que me huviere ocultado esta afrenta, y el mundo entero guardese de mi que soi Bernardo del Carpio, y todo lo abrasaré con mi fuego, que soi un bolcan, un ethna, un besubio, y un mongibelo. Detente Bernardo, dixo el Rey, sosiega el animo, que yo te daré à tu padre. No me engañes, replicò Bernardo. No te engaño, respondió el Rey. Entonces Bernardo, sin detenerse, hincò la rodilla en tierra, diciendo: Dame
tus

tus Reales pies ; piadoso , justo Rey , y mandame como esclavo , que me has sellado con tan alta merced el rostro. Dando el Rey la orden, volvió Bernardo à Luna donde entrando con su Esquadron , fue à quitar las prisiones , y sacar de èl à su padre , al qual halló ya difunto. Llorò su muerte con palabras tan bien sentidas , que enternecia à los que estaban presentes ; y recobrandose , fue al Monasterio donde estaba su madre la Infanta , y sacandola de èl , la traxo al Castillo de Luna , donde la hizo dar la mano al helado Cadaver , haciendo à este inclinar la cabeza al tiempo de preguntarle si quería admitir por esposa , y muger à la Infanta Doña Ximena. Con estas ceremonias legitimò Bernardo su persona , y se retirò con su madre , y Esquadron , trayendose consigo al difunto Conde su padre , à quien le dispuso un Regio , y ostentoso entierro en la misma Corte , donde con su madre recibió las visitas del pesame , à que concurrió toda la nobleza de primera , y segunda clase , y todo el Reyno hizo grandes demonstraciones de sentimiento por la muerte del Conde de Saldaña , menos el Conde Don Rubio , que no asistió à ellas , ni complimentò à Bernardo.

CAPITULO X.

De como Bernårdo del Carpio fue por Embaxador à Francia, y del desafio , y justa , que en ella mantuvo.

PAsadas las Exequias del Conde , se dispuso Bernardo para hacer la Embaxada de Francia , saliendo con el equipagé , y sequito que requería , empezó su marcha cogiendo largas jornadas , hasta que llegado , pidió Audiencia al Emperador , el que se la concedió , estando presentes los Doce Pares , y habiendo entrado , y hecho el acatamiento à la Persona Real , y tomando asiento , hizo este razonamiento:

Alfonso , Rei de Leon , mi Señor , sin embargo de tener por sucesion de su Reyno à su hermana la Infanta mi Señora , y à su sobrino Bernardo , por causas , ò accidentes que es forzoso traher à la memoria , llamo à V. Mag à la sucesion de aquel Reyno , como sabeis. Esto supuesto , y en consideracion de que resoluciones executadas de improviso , requieren enmienda , y mas las que sin consentimiento , ni consejo de amigos , parientes , y consejeros se disponen : traido à consideracion en tiempo , por mi dice , que el haveros llamado à la herencia , fue por su parte sola , sin permiso de sus Vasallos , y que di-

vul,

vulgado, resisten ser gobernados por persona estraña, que no pudiendo hacerles agravio en esta parte, por consiguiente tampoco entregaros el Reyno. Esto dice mi Rey: y yo, que soi su sobrino, digo, que primero las encrespadas olas del mar, rompiendo sus limites, anegaran el mundo, y primero las Estrellas del Firmamento, el Sol, y Luna negarán sus claras luces, siendo todo el año obscura Noruega, que se llegue el plazo de que reineis en España: asi espero, que como cuerdo, y Christiano, teniendo presente la razon, y grandes inconvenientes, resolvais lo que parezca mas acertado, dandome la correspondiente respuesta. Haviendo cesado Bernardo, el Rey de Francia con mucha seriedad se levantò, y volvió la espalda sin responder. Bernardo le dixo: Como: Señor, así os vais sin responderme? Entonces Oliveros, y Roldan le respondieron, que bastante respuesta tenia, y que si no la entendia, que allà la llevarian las trompetas, y caxas, quando fuera el Exercito à señorearse de España, por fuerza, ò por grado. A esto respondió Bernardo, que se holgaba de saber la intencion del Rey, y que cuidaran de guardar el Reyno no se desatafe algun Leon, que à bramidos lo hiciera temblar. Entendido por Roldan, que estos Leones son los Soldados Españoles, le dixo: Pues à ese Leon lo sabrà sujetar como otro Sanson desquadrandolo el invencible Roldan. De aquí se fueron travando de palabras, de suerte, que enfadado Bernardo dixo, que en una justa dentro de Paris defenderia, ó con la espada cuerpo à cuerpo, que no habia mas Rey en el mundo, que el suyo, y que los demás Reyes eran ramas de aquel tronco, porque descendian de un segundo hermano, y por ello el Rey de España, como primero era dueño, y señor del mundo, y todo èl su mayorazgo, que à quien sintiese lo contrario, lo retaba à publico desafio. No estaba el Rey (aunque oculto) tan lexos, que no oyese esta Española arrogancia, y saliendo, le dixo: Pues Bernardo, obligado eres à mantener lo que has dicho. A lo que sin mudar semblante Bernardo volvió à ratificarse, y pidió seguro, y señalamiento del dia, y que fuese breve. El Rey lo concedió, y ofreció lo que quisiese de armas, y caballos, admirado de su valor, mas Bernardo nada quiso aceptar sin execucion de la justa, que llegado el dia, salió armado con unas muy ricas, y finas armas, sobredoradas las ramas de la gravazon, y un vestido encarnado, guarnecido de plata, con tal primor, que

que causaba gusto verlo tan galan en un poderoso caballo; y un Sol por armas, orleado con diez y nueve Castillos, que habia ganado. Y habiendo entrado en la Plaza à vista de los Reales balcones, y demas de la nobleza, no tardò mucho en que entraron los Doce Pares bizarramente adornados. Empezòse la justa, y corriò Bernardo con tanta destreza y felicidad, que se llevò todo el lauro, Solo desazonò la justa haver herido por casualidad à Roldàn en la cara, por cuyo motivo, conjurados todos contra èl, trataron de matarlo, embistieron con èl, mas corriendo à su rienda, tomò una gruesa lanza, y cerrò à lanzadas con los Franceses, con tanto ardimiento, que à no ir como iban tan bien armados huviera muerto algunos; pero por presto que el Rey baxò à apaciguar la revolucion, ya Bernardo havia derribado à diez, ò doce de los caballos, muerto tres de estos, mas con la presencia de el Rey se apaciguò, por ser preciso mantenerle el seguro del desafio, y Embaxador. El Rey mandò à Bernardo volviere con la respuesta de su Embaxada, que era la intimacion de la guerra, con lo qual Bernardo se despidiò del Rey dandole muchas gracias por lo que le havia honrado, y el Rey le dixo, habia tenido gran gusto de conocerle, y mucho mas de ser testigo de su valor, y que se alegrara tenerle por vasallo para honrarlo, como era razon, y que sin embargo de la guerra, que siempre que de èl se valiese, le haria grandes mercedes; de lo qual fue Bernardo mui agradecido, y ofreciò servirle, como no fuera contra España, ni su Rey Acabados estos cumplimientos se puso en camino para volver à Leon.

CAPITULO XI.

De la capitulacion que Bernardo hizo con Marcilie, Rey Moro de Zaragoza de la Batalla de Ronces-Valles; y de como vuelto Bernardo à la Corte, matò al Conde Don Rubio.

HAviendo Bernardo enderezado la marcha, como dexamos dicho, de vuelta à Leon, se vino por Zaragoza y capitulò con el Moro Marcelino, Rey de Aragon, le diese gente de armas, y caballos para ir contra Francia; y partirian los despojos de la guerra. Marcilio lo concediò, y le diò dos guesos Batallones, uno de infanteria, y otro de Caballeria, bien armados, y un Comandante, que fuese, baxo de sus ordenes, el qual era un valiente Moro llamado Brabonèl,

nel, que tenia gran fama por las grandes hazañas que havia hecho, con el qual vino à Leon: y puesto en la presencia del Rey Don Alfonso, dió cuenta de todo lo referido muy por extenso, y el Rey lo abrazò, y se diò por muy bien servido, y lo mandò juntar las fuerzas, y alistar la gente, para sin dilatarlo salir à estorvar el paso al Francès. No se descuidò Bernardo en lo que era de su cargo, antes si con la mayor brevedad formò su Exercito, y escribiò al Rey de Aragón, para que mandase marchar la gente à Ronces-Valles; donde se havian de juntar. Hecha esta, y las demás preven- ciones marchò el Exercito à Ronces-Valles, donde llegaron à jun- tarse con el Moro, y tuvieron tiempo de acamparse, escogiendo sitio, penetrando la tierra, y reconociendola para disponer embos- cadas, y retiradas. No se descuidaba Francia, ni sus Doce Pares en prevenirse, y asi marcharon lo mas breve que pudieron, y tanta priesa se dieron, que por alargar jornadas, se desordena- ban, y fatigaban. Los Españoles tendieron espías, y pusieron cen- tinelas abanzadas en mas de quatro leguas de circuito, para que avisaran en descubriendose el Exercito Frances, las quales à su tiempo, traxeron la noticia; y tomando Bernardo la retaguarda con sus Españoles, y Brabonèl la vanguardia con sus Moros Ara- goneses, esperando que el Francès entrase en el estrecho del Valle, bien cubiertos Españoles, y Moros, sin aguardar estos, que los Franceses se acamparan, ni escogieran terreno, ni descansaran de la fatiga del camino, dieron en los Franceses con tanto de- nuedo, que en breve los desvanecieron, y mataron gran fin nu- mero de ellos, y con toda destreza le atajaron la retirada, de suerte, que si huian por una parte daban con los Leones: si por otra, con los Aragoneses: si por los lados, con riscos embreñados im- penetrables: Con que los Doce Pares conociendo el riesgo, rodea- ron su gente lo mejor que pudieron, y exortandolos à morir como buenos, hechò el Esquedron quatro frentes, se defendian valero- samente, y ofendian à los sitiadores, mas Bernardo, viendo que el gobierno de los Doce Pares se iba poniendo en duda la victo- ria trató de apocarlos, y asi, buscando à Roldan, y encon- trandolo, arremetiò con tanta fuerza, y gallardo brio, que no valiendole à Roldan su mucha destreza, del primer encuentro le falseó las armas, y diò una lanzada mortal, de suerte, que conoció su muerte, y poniendo mano à su espada, diò un golpe con

con ella en una peña, si tan desafortado, que la metió en ella porque otro no la pudiera gozar; y allí se sentó à encomendar a Dios su alma. De esta suerte Bernardo, y los suyos hicieron tanto, que no quedó vivo ninguno de los Doce Pares, ni menos del Exercito hubo mas que algunos pocos, que por fortuna escaparon, y llevaron la infeliz noticia.

Haviendose fenecido la funcion, marcharon à Francia, y tomaron algunas Villas, y Ciudades, y las saquearon, y cargaron ricos despojos para desquitar los gastos de aquella guerra, y despues que capitularon treguas, las quales por entonces, duraron muchos años, porque el Francés no quedó con gana de tener al Español por enemigo: con lo qual Bernardo se retiró con su Exercito à Leon, donde fue bien recibido del Rey Don Alonso, honrandole mucho, por tantas, y tan señaladas hazañas como havia emprendido, y valor con que la havia acabado mas à Bernardo no le contentaba nada, por no haver conocido padre mas que quando lo perdió, y por el rigor con que el Rey havia procedido con él, y con su madre la Infanta, no olvidandose de la indigna venganza de Don Rubio, urdidor de tan infame trama, y que no le havia dado el pesame, y andaba buscando motivo, ù ocasion para vengarse de él; y asi sucedió, que un dia en un salón de Palacio estaba el Conde Don Rubio, y otros Caballeros, y Bernardo en otro à tiempo, que estaban jugando la espada para adiestrarle en su defensa; y habiendo Bernardo tomado la espada, salió el Conde Don Rubio à tomarla con él, y Bernardo se escusó conociendo la tenia, desde que lo empezó à criar, mala voluntad, y porque no hacia juicio de que viniera à jugar sino con alguna intencion doble, à ver si bajo del juego lo podia matar; mas no bastaron sus diligencias para eximirse, porque Don Rubio hizo duelo que no quisiere jugar con él, y le obligó à ello, pero Bernardo con la precaucion referida, no solo no quiso ofender à Don Rubio, sino que impidió de ser ofendido; tanto se encarnizó Don Rubio por herirle, que él mismo se metió la espada de Bernardo por un ojo, y le salió el boton por el cerebro mas de media vara. Cayó mortal en la tierra, y antes de espirar, pidió à Bernardo lo perdonara, así de lo pasado, como de haver tomado con él la espada, pues fue con intencion de matarle, si pudiera, de lo que havia sacado justo castigo.

CAPITULO VII.

De como pasó Bernardo à Roma à ayudar al Santo Padre contra el barbaro Rey Congobardi, y como lo venció, mató, y se convirtió, y murió Christiano.

Divertido en la caza, y otros recreos pasaba Bernardo el tiempo despues de la muerte de Don Rubio, para divertir la pena de su afligido padre, consolándose à veces con ir à visitar à la Infanta su madre, quando el Sumo Pontifice Adriano convocò à todos los Principes Christianos, dandoles cuenta de como el Turco le tenia sitiada la Ciudad de Roma con un poderoso Exército, para que le socorriesen en tan gran necesidad: con cuyo motivo el Chathólico zelo del Rey Don Alfonso llamó à Bernardo, y mostrandole la carta del Santo Padre, le dixo: Ea, Bernardo, buena ocasion se te ofrece de emplear tu ardimiento en defensa de la Apostolica Silla: preven tu gente, y apresta Naves para esta jornada. Besò al Rey la mano Bernardo en agradecimiento de tan honrosa recomendacion, y al punto lo puso por obra, embarcandose con su gente para el puerto de Ostia, donde con toda felicidad desembarcò, y al punto despachò à su Santidad un Correo bien practico de la Tierra, el qual entrò en Roma sin sentimiento de los enemigos, sitiadores; y puesta la carta en manos de su Santidad, se consolò con tener tan buen socorro. Respondióle à Bernardo con un mapa, ò descripcion de la tierra, è intentos del Turco, señalándole dia, y hora de dar en los enemigos, para estar en Roma prevenidos, para echar fuera quando la necesidad lo pidiese, y por la parte que fuera mas preciso un buen Esquadron de refresco. Enterado Bernardo, y bien instruido de lo que el Santo Padre le advertia, y de la tierra que marcaba el mapa, intentò la mejor accion de un valeroso pecho, que fue conocer al Rey Desiderio, que era el General de su Exército Turco, para buscarlo al principio de la batalla, por ser el fundamento de ganarla el hacerle perder el gobierno de ella: y para esto se disfrazò lo mejor que pudo, y se entrò en el campo del enemigo, y pasó à la tienda del Rey Desiderio, y le embió à decir de parte del general de España, que tenia que hablar. El Moro lo hizo entrar, y lo Executò Bernardo con tanto aire, que la primera salutación que le dixo, fue esta: Como te tardas en responder? Te da pena ver los Españoles? Pues aun todavia no has experimentado el

el valor de ellos, que vale uno por ciento, y si me apuras, habrá algunos, que valen por cien mundos. El Moro le dixo: Pues qué es lo que quieres, y quien te embia? A lo que Bernardo respondió, que el General de España Bernardo del Carpio. Y qué quiere? dixo el Rey. Verte un día, le replicó Bernardo. Y quando ha de ser? preguntó el Moro, y Bernardo le dixo: Quando le des seguro Real. Entonces le dixo el Rey: Yo doi el seguro, Bernardo hizo que lo jurara: y lo juró. Y al instante le dixo Bernardo: Pues ya le di la respuesta; ya ha venido à tu presencia; y diciendo esto, se descubrió, diciendo. Ea, Desiderio, tengamos la fiesta en paz, que soi el Infante del Carpio. Admirado el Rey de tan gallarda, y aun temeraria resolución, dixo: Santo Cielo, tanta osadía en un rapaz! Y bien, qué es lo que te ofrece? que me alegraré complacerte, porque te he cobrado amor. A lo que Bernardo respondió: Yo no vengo, Rey Congobardo, mas que a verte para conocerte, porque quiero en la batalla buicarte para darte la muerte, que no es razon, que mueras à manos de qualquiera de mis Soldados, pues los Reyes deben ser honrados hasta en la muerte; y así quiero tomarte bien las señas, para que no te ofendan los míos, hasta que mi espada corte tu cabeza. Preguntóle el Rey si le habia tomado bien las señas, y Bernardo le respondió; que si; y tomandolo todo à chanza, delvanecimiento, ò locura, se alegró mucho de conocer à Bernardo: pero este se despidió antes que le viniera algun mal pensamiento, y le quebrara el seguro, como lo havia hecho con otros; y montando en su caballo, poniendole las espuelas, se volvió a su Exercito con toda presteza.

Llegó el día que le habia asignado el Santo Padre à Bernardo para dar la batalla, dispuso su Exercito, y distribuyó las ordenes con tal sagacidad, que pudiera conservar su gente, ofendiendo sin ser ofendidos, mandandoles, que riñesen con saña: y à lo mas pesado de la noche cerró con el enemigo, invocando à los Apostoles San Pedro, y Santiago. Los Moros, aunque cogidos de sobrelalto, como eran en copiosísimo numero, muchos mas que los Españoles; y otras Coronas que havian socorrido, que havia mas de cien Moros para cada Christiano, aunque estos mataron muchos de los Moros antes que ellos se revolvieran, y ordenaran, con todo empezaron à hacer nueva resistencia, mas acompañado Bernardo de los mas Hidalgos de Castilla, tomaban en orden su Exercito, y mataban tantos Moros, que

que ya los caballos, y peones no daban paso que no fuese tropezando en cuerpos muertos. Haviendo aclarado el dia en lo mas tremendo de la Lid, empezó Bernardo à correr à una parte, y otra de la batalla, basta que encontró con el Rey Desiderio à quien dando-se à conocer, le dixò: Vengo a camplirte la palabra que te di de venirme à matar. Encomendò el gobierno de la Tropa à sus Hidalgos, y quedando solo con el Rey, le embistió con tanto esfuerzo, que del encuentro se chocaron tan fuertemente, que pareció, que se havian juntado dos montes; de suerte, que vinieron à los brazos, y cayeron ambos à tierra, y levantandose los caballos, se embistieron, y los Caballeros sacaron las espadas, y traxeron tan reñida pendencia, que era un prodigio ver como se tiraban golpes, y destrozaban las armas, porque Desiderio era muy valiente, y tenia fuerzas sobrenaturales, pero como Bernardo era mas ligero, apretò tanto al Moro, que siempre lo trahia de retirada, dandole quatro, ó cinco golpes sin que el Moro le ofendiese con uno de soslayo, porque Bernardo se guardaba bien de que empleara en él sus fuerzas. Así que Desiderio tuvo por buena parte las Armas despedazadas Bernardo fixò los ojos en lo descubierto de ellas, y le diò tan fuerte estocada, que sin poderse valer el Moro, cayò en tierra mortal, y queriendo Bernardo cortarle la cabeza, lo detuvo el Rey diciendo: Tente, Bernardo no me acabes de matar, que quiero lograr el impulso, que Dios me ha dado. O, que dichoso serè sí lo consigo! Dios mio, Criador de Cielo, y Tierra, que has permitido, que yo haya perseguido tu Iglesia, y ahora me llamas con tanta misericordia, dandome conocimiento de tu Omnipotencia, y de mis errores? Confieso, que sois Dios, Señor, y Criador de todo, Uno en Esencia, y Trino en Personas, y te suplico me perdones, y concedas el Agua del Bautismo. Entonces Bernardo tomò agua de una fuente, que havia inmediata, y le preguntò otra vez: Quieres ser Christiano? y respondió, que sí: le hechò el agua en el Nombre de la Santissima Trinidad, y acabado de bautizar murió, y salió su dichosa alma de este miserable mundo. A este tiempo el Campo del Moro, como havia mucho tiempo que estaban sin Caudillo, havia salido de Roma el Cardenal Leoncio con gente de refresco, ya estaba el enemigo desvaratado, y cada uno de ellos procurando el mejor modo de huir para salvar la vida, con lo que España cantò la victoria, y Bernardo diò à Dios infinitas gracias por haverse dado tan dificultoso vencimiento.

CAPITULO XIII.

De como Bernardo se desnaturalizó de España, y de la Batalla, que se le ofreció camino del Imperio; y de como vino de allí à Francia, donde habiendole hecho General, tuvo otras victorias, basta que la embidia, lo desterrò á tierras mui remotas.

CArgado de honores Bernardo, y ricos despojos sus Soldados, volvió à España, donde hallò Bernardo la novedad de haver muerto la Infanta su madre: todo su esfuerzo hubo menester para sentir, ò para resistir su sentimiento, mayormente quando, en ausencia suya havia el Rey Don Alonso llamado otro sobrino, y lo havia nombrado por sucesor de la Corona, aunque no era tan inmediato à ella como Bernardo, y estaba ya jurado por Principe de Asturias; con lo qual fue tal su desazon, que sin aguardar en España mas pesares, juntò algunos de los Hidalgos de su parcialidad, y salió de Castilla, y estando ya para salir, puesto ante el Rey le diò nuevamente las quejas de lo mal que havia tratado à su padre, y madre, y juntamente haver nombrado sucesores, que no estaban tan efectos, ni inmediatos como él, y así, que se desnaturalizaba de España, para que la guardara quien la havia de heredar, que él no havia menester mas Reino que su espada, que si lo queria, lo sabria ganar con ella. Dicho esto, se quitò de su presencia sin esperar respuesta, aunque el Rey su tio se la iba à dar, dexandolo con la palabra, como dicen en los labios. Saliò de Leon seguido de docientos Hijos Dalgo, y tomò el camino de las Galias por los Montes Pyrinèos, y enderezando à la Ciudad de Aquisgran, Corte mui antigua del Imperio de Alemania, al encubrir un cerro, viò un Esquadron, que venia acercandose à una Tienda de Campaña, que estaba en un apacible, y delicioso Prado, que conociò no era muy considerable el numero, que en la Tienda se alojaba, porque apenas cabrian treinta personas, y algunos ocho caballos inmediatos como descansando; y notò, que los vestuarios de los acampados eran muy estraños del que trahian los que marchaban, de lo que llegó à inferir, que el Esquadron venia à embestir à los que estaban en la Tienda, y de mano armada, para tan sobradas fuerzas atropellar à aquel pequeño numero indefenso. No fue vano su juicio, pues haciendo à los suyos acelerar el paso, llegó tan à tiempo, que los que havia visto marchar por la llanura, ya havian em-

De Bernardo del Carpio.

31

embestido con los de la Tienda; cerrò contra aquel Esquadron con sus Hidalgos, y en mui poco rato los desvaratò, aunque eran mas de mil hombres, matando à muchos, y poniendo los demás en afrentosa fuga: volviendo à la Tienda à informarse de aquel suceso, hallò, que el Infante Ludovico, hijo del Emperador, y nieto del difunto Carlo Magno, trahia à la Emperatriz, con quien por poderes de su padre viudo, la havia casado en Alemania, y se la trahia à Francia, y que el Esquadron era de Seguivio, Duque de la Gascuña, à quien el Emperador Ludovico, marido de la Señora que iba à ser Emperatriz havia quitado los estados por delitos que havia cometido contra la Cesarea Magestad del Emperador, y les havia salteado el paso para matarlos, y prender la Emperatriz: con que Bernardo besò la mano à la Emperatriz, agradecido de haver logrado la fortuna que havia tenido de defenderla, y librarla de aquel Esquadron enemigo, y se combidò à servirle de Comboy, hasta llegar à la presencia del Emperador. Asi lo executò, y llegados à Francia, dando la Emperatriz, y el Infante noticia por extenso al Emperador de la hazaña de Bernardo le hizo muchas honras, y mercedes, abrazandole, llamandole de pariente, y prometiendole su favor en todo lo posible: Bernardo se mostrò agradecido con muchas sumisiones, y rendimientos. A este tiempo sucediò, que Horoaldo, Rey de Dania, y Vasallo del Emperador, le havia tyranizado, y quitado el Reyno, y el Emperador havia embiado un Exercito con Lotario por General, su primogenito hijo, quien entregado al ocio, diò moratibo, con poco cuidado del Exercito, à que el enemigo le huviera embestido, cogiendolo descuidado, y lo desbaratara, y venciera: con que traida esta nueva por Horoaldo, nombrò el Emperador por General del Exercito à Bernardo del Carpio, qual no tardò en ponerse en Dania, y sin mas espera empezó à hacer daño en los enemigos, hasta que los hizo arrinconar en la Ciudad, y sitiandolos con mucho zelo, de que no les entraran bastimentos, de que estaban desprevenidos, no pudiendo el tyrano aguantar la hambre, ni rendirse, porque lo havian de matar, se resolvió à salir à dar la batalla. No cogió al General Bernardo dormido, que bien pronto aviso lo hallò, y travando la lid, peleaban las Naciones à imitacion de los Españoles de Bernardo, con grande arrogancia: pero como los de Dania estaban perdidos, reñian con desesperacion, mas Bernardo andaba à una parte, y à otra de la batalla miran.

Yendo qual de los enemigos reñia con mayor valor ; y al punto que lo marcaba , iba à reñir con él , y en breve lo mataba : y como con ésta astucia fue matando los mas valerosos enemigos , en breve tiemp̃ los rindiò , y cantò la victoria por el Emperador Ludovico. Puesto à Heroalda en su posesion de la Corona , habiendo castigado los rebeldes , y asegurando los prisioneros , despues de pacificada la tierra , diò vuelta à Francia , donde el Emperador lo recibió con tanto gusto , dandose por bien servido , que admiraba su fortuna ; diciendo , que no tenia ningun Rey otra tan grande como él en tener tan buen Vasallo , ni tan valiente General : lo hizo su mayor Valido , de suerte , que qualquier negocio , por grave que fuese , no lo havia de resolver otro que Bernardo , y todos los cargos , honras , y mercedes havian de darse por Bernardo : y hasta una secreta pretension que hizo la Emperatriz para mejorar en herencia un hijo suyo , la logro por medio de Bernardo , porque lo previno de ella : y luego el Emperador la consultò con él , y Bernardo le diò el dictamen à complacencia de la Emperatriz. Con estos buenos servicios se hizo lugar Bernardo à la mayor estimacion , y respeto , hasta que embidiosos los hijos del Emperador de ver à nuestro Castellano exaltado en la mayor estimacion del Imperio , bramaban de corage , diciendo : A un advenedizo tantas horas , y nosotros tan pocas , siendo sucesores de estos Reynos ! Ea , mueran este efforvo de nuestros intentos : y convocando parciales , formaron contra el padre unas civiles guerras ; de suerte , que tuvo por bien el Emperador de apaciguarlas , cargando à Bernardo de ricos dones , mandandole , que se retirara por algun tiempo. Bernardo , viendo la inconstancia de su fortuna , marchò con sus Hidalgos à la Ungria , donde por comun opinion de los Autores , que no pudiendo embidia conseguir su muerte por las armas , la logro al rigor de un veneno , que le dieron en la comida : esto se tiene por vehemente presuncion , porque nunca mas volvió à estos Reynos , ni hai Autor , que señale otro fin de su vida. Dios dirija nuestros pasos por el camino verdadero de la gracia , para que al fin de nuestras vidas entremos en la Patria Celestial , donde siempre jamàs le alabemos. Amen.

FIN.

